

THE HISPANIC AND LUSO-BRAZILIAN WORLD

“Una sola fe en una sola lengua”: La Hispanidad como coartada ideológica en el pensamiento reaccionario español

Santiago Juan-Navarro

Florida International University

Abstract: Se estudia en este ensayo el uso que el pensamiento reaccionario español ha hecho del discurso de la Hispanidad para presentar una visión nostálgica de la España imperial y legitimar proyectos políticos de corte centralista y autoritario. Desde finales del Siglo XIX se intentó recuperar el componente providencialista, mesiánico y espiritual de la empresa del Descubrimiento y la Conquista. El franquismo explotó especialmente el concepto de la Hispanidad a finales de los años cuarenta, usándolo como recambio ideológico del filofascismo dominante hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Sobre la base de una identificación entre los conceptos de Hispanidad y Nacionalcatolicismo se aspiraba a ofrecer una imagen moderada en el exterior (autoritaria, pero no totalitaria), mientras que en el interior servía para legitimar un régimen impuesto por la fuerza.

Key Words: fascismo, Franco (Francisco), franquismo, Maeztu (Ramiro de), nacionalcatolicismo, nacionalismo

A lo largo de las primeras décadas del siglo XX el mito de la Hispanidad fue configurándose como uno de los soportes ideológicos básicos del pensamiento reaccionario español. Surgido como rechazo radical de la modernidad y la tradición liberal e ilustrada, este mito actuó como catalizador de una interpretación católico-tradicionalista del devenir español como “teología mágica de la historia” (Morodo 148). La historia así contemplada se erige como diseño providencial en el que España está llamada a desempeñar un papel de primer orden: reafirmar su condición como reserva espiritual de Occidente y proyectar los valores de la cristianidad en el exterior. De acuerdo con esta visión, España alcanzó su apogeo durante los siglos imperiales en los que se produjo el fenómeno de la Conquista, la cristianización de todo un continente y la lucha contra el protestantismo, la herejía y el materialismo de la cultura anglosajona. La decadencia sería el resultado de la intrusión de ideas extranjerizantes capitaneadas por la masonería y la Ilustración que empezarían a penetrar en el país durante el siglo XVIII y contra los que reaccionaría el tradicionalismo mediante sucesivas “cruzadas” de reconquista (Cámara Villar 321–32; García Morente, *Idea* 18–19; Giménez Caballero, *La nueva catolicidad*; Pemán 383–84).

La utopía de la Hispanidad es una utopía retrospectiva. No se proyecta en un futuro nuevo, sino que se vuelca sobre un pasado al que se quiere volver, pero que se intuye, al mismo tiempo, irrecuperable (al menos en su aspecto material). No es por ello casual que el mito de la Hispanidad surja a raíz de la descomposición final del sistema colonial. Perdidas las últimas colonias, surge el mito del imperio como compensación emocional de una derecha que no se resigna al papel subalterno de España en las relaciones internacionales. El supuesto “mal de España,” “el Desastre” lleva a anhelar la recuperación de la Edad de Oro perdida, pero a lo que se aspira en realidad es a borrar más de dos siglos de historia, aquéllos precisamente en los que tímidamente España intentó su ingreso en la modernidad. Como señala Raúl Morodo, “en gran medida, América es un pretexto: apoyatura ideológica para huir de la racionalidad moderna europea de los siglos posteriores” (149).

Juan-Navarro, Santiago

“Una sola fe en una sola lengua”: La Hispanidad como coartada ideológica en el pensamiento reaccionario español”

Hispania 89.2 (2006): 392–399

Nacionalismo e Hispanidad

La construcción de la doctrina de la Hispanidad está íntimamente asociada al surgimiento de un nacionalismo centralista y reaccionario a finales del siglo XIX y al fracaso en la construcción del Estado liberal (Sepúlveda 53; Romero Salvadó 130). Aunque sí hubo un nacionalismo de signo progresista (protagonizado por krausistas, republicanos y socialistas), éste nunca llegó a tener la fuerza y el arraigo del nacionalismo conservador. La izquierda española estaba más preocupada por la difícil consolidación de las instituciones democráticas y la modernización del país que por la creación de mitos legitimadores de su propia ideología. En su seno, además, no hubo nunca un consenso sobre un proyecto de construcción nacional definido. Republicanos como Manuel Azaña se declaraban abiertamente antinacionalistas (“yo no soy patriota” llegó a afirmar). Otros, como Alejandro Lerroux se limitaban a identificar republicano con patriota y República con “auténtica nación española.” Tanto desde las filas del radicalismo republicano, como del socialismo oficialista, se condenaban a menudo los nacionalismos periféricos, pero sin llegar a contraponer un claro nacionalismo españolista.¹

El tradicionalismo, en cambio, hizo del nacionalismo, encarnado en la idea de la Hispanidad, una bandera que sería posteriormente clave en los procesos de legitimación simbólica del franquismo. Sobre la base ultranacionalista y esencialista de la historia de Marcelino Menéndez Pelayo, clérigos como Zacarías de Vizcarra, Manuel García Morente, Zacarías García Villada y el cardenal Isidro Gomá perfilaron una visión de la nación española como comunidad, cuya identidad no se explicaba por razones étnicas o geográficas, sino espirituales (Sepúlveda 53). Aunque a comienzos de siglo, el vocablo “Hispanidad” (de acuerdo con el diccionario de la Real Academia) era sinónimo de “hispanismo,” Vizcarra le dio en 1926 una nueva acepción: el conjunto de cualidades espirituales que distinguen a los pueblos de habla hispana.²

Los antecedentes más inmediatos de la Hispanidad se encuentran en la búsqueda de la esencia de lo español y su identificación con un modelo autoritario que marca el debate intelectual de la primera mitad del siglo XX a raíz del 98 y aparece unida a la reafirmación de principios que se pensaban centrales al éxito del imperio español: jerarquía, autoridad, centralismo, cruzada católica e intolerancia frente al secesionismo en el pensamiento o en la sociedad (Gervilla Castillo, Pérez Garzón). De acuerdo con esta visión reaccionaria, la recuperación de estos valores en la España del siglo XX permitiría tanto una regeneración moral del país, como una restauración de su prestigio internacional. En su *Idearium*, Ganivet resumía tal empresa como la necesidad de “reconstruir nuestras fuerzas materiales para resolver nuestros asuntos interiores, y nuestra fuerza ideal para influir en la esfera de nuestros legítimos intereses externos, para fortificar nuestro prestigio en los pueblos de origen hispánico” (114–15).

El primer movimiento de apropiación ideológica de la Hispanidad lo formó el grupo de católicos integristas relacionado con la revista *Acción Española* y cuyo representante más destacado fue Ramiro de Maeztu. En *Defensa de la Hispanidad* (1934), Maeztu sistematizó su visión de un nacionalismo mesiánico y providencialista que usaba como núcleo ideológico el mito de la Hispanidad. Tal interpretación se basaba en la síntesis entre unidad nacional y unidad católica, de forma que todo cambio en esa relación simbiótica determinaba el curso de la historia española: “La decadencia nacional se producía como consecuencia del retraimiento en su misión providencial, contemplando como única salida viable a la crisis presente el retorno al tradicionalismo imbuido del espíritu religioso” (Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia* 28). Maeztu sugería que, mediante el resurgimiento de la espiritualidad, el orden social fracturado de España podría ser sanado, poniendo al país en condiciones de recuperar su autoestima y su prestigio internacional. La visión de Maeztu estableció las bases legitimadoras del discurso ideológico del franquismo al intuir además la posibilidad de que la espiritualidad católica pudiera llegar a inspirar una contrarrevolución que, a su vez, introdujera un sistema autoritario. Este hispanismo de rai-gambre católica y reaccionaria era contemplado como alternativa al marxismo y al capitalismo, ideologías materialistas enfrentadas al espiritualismo que Maeztu identificaba con la esencia de España.

Hispanidad y Fascismo

El fascismo español asumió las tesis de Maeztu, pero al imperialismo de orden religioso y cultural sumó otro de signo político y militar, que no ocultaba una voluntad de expansión territorial.³ El mito legitimador del imperio que reivindicó el falangismo seguía, en realidad, las pautas de los fascismos europeos. Si en Italia el fascismo adoptó el Imperio Romano como escenografía simbólica, la derecha española recurrió al catolicismo militante, las glorias de la Reconquista medieval y la experiencia de la España imperial, todo ello visto dentro de un *continuum* que quería tener su prolongación en la lucha contra los movimientos revolucionarios del siglo XX. La consagración al mito del imperio fue especialmente agresiva en el pensamiento de José Antonio.⁴ El compromiso con el imperio era, de hecho, el tercero de los veintiséis puntos programáticos de la Falange: “Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera” (Primo de Rivera 339). Las características geopolíticas de tal imperio no están, sin embargo, tan claras. ¿Cuáles eran las ambiciones territoriales de la Falange, al margen de la consolidación de unos pocos enclaves coloniales en el norte de África? ¿Cómo se pretendía ayudar a los pueblos hispanos y a Filipinas “en su lucha contra el imperialismo” en pleno apogeo del expansionismo norteamericano? Esto es algo que en ningún momento llegaron a concretar los teóricos del falangismo. Su demagogia tendía a caer demasiado frecuentemente en un tono trascendente: “Por su sentido de CATOLICIDAD, de UNIVERSALISMO, ganó España al mar continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación” (Primo de Rivera 92). Aunque Falange insistió más que ninguna otra facción de la derecha en las aspiraciones imperiales, su visión está igualmente teñida de nostalgia y vagas aspiraciones metafísicas. En el fondo, el falangismo no iba mucho más allá de las propuestas de Maeztu, salvo en la agresividad retórica de sus proposiciones.⁵

El auge del autoritarismo y su proyección en el concepto de Hispanidad no fue un fenómeno exclusivamente español. En varios países hispanoamericanos tuvo lugar el resurgimiento del catolicismo militante junto a una preferencia por las ideas corporativas y autoritarias semejantes a las de la derecha española. Asimismo, la Hispanidad como ideología reaccionaria fue propugnada tras la crisis de 1929 por la derecha católica y tradicionalista iberoamericana. Al igual que los conservadores españoles, los hispanoamericanos estaban principalmente interesados en la lucha contra el comunismo y el expansionismo norteamericano y algunos de ellos vieron en la Hispanidad una alternativa viable para sus proyectos nacionales. A este fervor hispanista no fue ajena la labor llevada a cabo por el propio Maeztu como embajador en Buenos Aires durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Durante este período su pensamiento fue muy influyente en la *intelligentsia* argentina y en la élite político-militar. Al auge de las soluciones de corte corporativista y fascista, habría igualmente de contribuir posteriormente el ascenso de Perón al poder y la relación simbiótica que su gobierno desarrolló con el régimen de Franco.⁶

Para que el país recuperara su estatura internacional, autoestima y salud interna era necesario, en opinión de la derecha española, recrear en el tiempo moderno el tipo de orden que había hecho posible la conquista, creación y gobierno de un imperio. De esta forma, los diferentes grupos de la derecha española de los años veinte y treinta (primorrveristas, monárquicos alfonsinos de Renovación Española, carlistas, falangistas y seguidores de la conservadora y católica CEDA) insistieron en esta visión neoimperial, asociándola a un movimiento general de contrarrevolución europea.

La propia Guerra Civil fue repetidamente contemplada como una cruzada restauradora de los valores asociados a la España imperial (González Calleja, et al). De hecho, todas las formaciones políticas que apoyaron el Alzamiento compartían el discurso neocolonialista de la Hispanidad y vieron en la derrota de la República la posibilidad de materializar finalmente su utopía retrospectiva. Tanto la Falange como el carlismo proponían la creación de un “Nuevo Estado” que, curiosamente, no era otro que el Estado de los Reyes Católicos. El nombre de “cruzada” que

el bando nacionalista otorgó a su empresa fue ideado y respaldado por la propia Iglesia católica, cuyo cardenal primado se había destacado como ideólogo de la Hispanidad. Para Monseñor Gomá existía una identidad entre el espíritu de España y América y el espíritu del catolicismo: “América es obra de España y España es obra del catolicismo” (Morodo 159). La vuelta al catolicismo imperial de la Hispanidad que reivindicaba el bando nacionalista constituía la base imprescindible para una restauración o regeneración político-religiosa.

Tras la guerra civil y en el momento de auge de los fascismos europeos, la política exterior del país se mantuvo especialmente influenciada por los sectores falangistas del régimen, como lo prueba el nombramiento de Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco, como Ministro de Asuntos Exteriores el 16 de octubre de 1940 (Preston 391). El transcurso de los acontecimientos, sin embargo, hizo cambiar de rumbo las estrategias diplomáticas del régimen. La decadencia de las fuerzas del Eje tuvo su consecuencia lógica en la pérdida de poder de los sectores más abiertamente profascistas.

Hispanidad y Nacionalcatolicismo

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el franquismo quedó aislado del resto de Europa, pero siguió usando el discurso de la Hispanidad como ideología unificadora de sus diferentes “familias” políticas y como instrumento de apertura al exterior. A pesar de la propaganda interna teñida de la retórica autárquica, la diplomacia franquista estuvo dirigida a romper el cerco internacional resultante de las sanciones impuestas por la ONU contra el gobierno español. En esta nueva coyuntura política Alberto Martín Artajo, ex-presidente de Acción Católica y futuro paladín de la Hispanidad, fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores y José Ibáñez Martín, otro católico, pasó a dirigir el Ministerio de Educación Nacional, anteriormente en manos de la Falange. Estos dos nombramientos aseguraron la difusión del nacionalcatolicismo tanto en el interior (mediante el control de la política educativa) como en el exterior (mediante un aperturismo en la línea del discurso neocolonialista de la Hispanidad).⁷ Una de las prioridades de Martín Artajo fue la apertura de un diálogo con las naciones iberoamericanas que permitiera un reconocimiento internacional del régimen. Si el hispanismo de la Falange tendía a un ambiguo expansionismo, aunque sólo fuera en su retórica virulenta, la Hispanidad propugnada por los sectores católicos conservadores recuperaba intacta la visión de Maeztu, subrayando el componente evangelizador y contemplándolo como continuación de la empresa de la Conquista. Por lo que se refiere a los sectores diplomáticos del régimen, la Hispanidad funcionó como coartada cultural y método de acción diplomática destinado a fortalecer su política exterior (Payne, *The Franco Regime* 360–62).

El imperialismo que el régimen reivindicaba en esta coyuntura era, por tanto, un imperialismo “ideológico” y “nostálgico.” Ideológico, por cuanto España debía reclamar su puesto como eje espiritual del mundo de habla hispana para unificar su cultura, intereses económicos y poder político. Esto le concedería a España una posición prominente en Europa, un *status* justificado por sus pasados servicios a Europa y su posición geográfica vital como “centinela de Occidente.” Nostálgico, por cuanto implicaba el reconocimiento de la propia debilidad presente. Para recuperar la antigua grandeza de España, la derecha consideraba como condición indispensable restaurar la unidad del orden político, social e ideológico. El mito imperial fue de gran valor para la derecha española a la hora de asociar la pérdida del imperio con el estado de decadencia del país y la crisis derivada del escepticismo religioso, la búsqueda intelectual, el pluralismo político y la ausencia de jerarquía que se atribuían al gobierno republicano. La derecha autoritaria buscaba legitimarse presentándose como heredera histórica de las glorias de la España imperial. Los proyectos de Estados autoritarios y corporativos prometían un regreso a un sistema auténticamente español, santificado por la herencia imperial y ofrecían resolver todo un conjunto de problemas molestos para los conservadores españoles.

El período del aislamiento se caracterizó por un discurso marcadamente xenófobo. De acuerdo con la visión paranoica del franquismo, España era víctima de una confabulación

judeomasónica y comunista que intentaba estrangular su intento de regeneración política y económica tras la Guerra Civil. La política exterior española durante ese período de transición estuvo marcada, sin embargo, por una paradójica dualidad. En el interior se fomentaba la xenofobia y el espíritu antidemocrático, pero la diplomacia franquista parecía buscar desesperadamente el apoyo exterior, especialmente el de aquellas naciones que más atacaba en el interior a través de los medios de propaganda. Esto se hizo particularmente visible en 1945, uno de los años decisivos en la nueva orientación ideológica del régimen. En este año, se promulgaron el Fuero de los Españoles y la Ley del Referéndum Nacional, se concedió un indulto y se convocaron elecciones municipales. La maniobra era clara: se intentaba ofrecer a los diplomáticos de las potencias democráticas “una imagen esperanzadora de homologación” (Tusell 95).

El gran espaldarazo exterior al franquismo se produjo como consecuencia de la Guerra Fría. Con el deterioro de las relaciones entre EE.UU. y la URSS, el antifascismo dominante en los años de la Segunda Guerra Mundial empezó a ser sustituido por un feroz anticomunismo que aglutinó a las democracias occidentales y que vio en Franco a un aliado, en lugar de un enemigo. En 1953 España fue admitida en las Naciones Unidas y se firmaron los acuerdos bilaterales con los EE.UU. y el Concordato con la Santa Sede. En esta nueva coyuntura el franquismo siguió valiéndose del mito de la Hispanidad con una finalidad principalmente religiosa y política para consumo interno, favoreciendo una engañosa autopercepción de poder en un momento en el que todavía atravesaba por una crítica situación económica (las cartillas de racionamiento perduraron hasta comienzos de los años cincuenta).

Puede sorprender a algunos el hecho de que la dictadura franquista, con toda su retórica imperialista, coincidiera con la descomposición definitiva del imperio colonial. De los años cincuenta a los setenta se produjo un progresivo abandono de los últimos enclaves coloniales (excepto Ceuta y Melilla): el “protectorado” de Marruecos (1956), Guinea Ecuatorial (1968), Sidi Ifni (1969) y finalmente el Sahara español (1975). Pero es precisamente ese declive en la proyección exterior española el que explicaría el auge de la verborrea imperial. Como señala Gregorio Cámara Villar: “la distracción imperial-católica venía a ser un sustitutivo del sentimiento del imperio definitivamente perdido, expresión de un nacionalismo a ultranza ante la debilidad de la situación española frente a la comunidad internacional” (328).

Conclusiones: El mito de la Hispanidad y la Utopía Transatlántica

Durante más de un siglo, el pensamiento reaccionario español se ha valido del discurso de la España imperial, recuperando el componente providencialista, mesiánico y espiritual de la empresa del Descubrimiento y la Conquista. El interés del régimen franquista en el concepto de la Hispanidad radicaba en el potencial legitimador de su ilegitimidad política. Sobre la base de una identificación entre los conceptos de Hispanidad y catolicismo se aspiraba a desterrar la imagen totalitaria del gobierno de Franco en el exterior y a legitimar en el interior un régimen impuesto por la fuerza.

Mediante la vuelta al pasado imperial, la política cultural del franquismo intentó negar más de dos siglos de historia, especialmente aquellos momentos asociados con los orígenes de la modernidad. En lo que hemos definido como un “utopismo regresivo,” el pensamiento reaccionario español evocó a lo largo del siglo XX un pasado perdido que decía querer restaurar la monarquía de Fernando e Isabel como paradigma de las ideas de unidad, orden, jerarquía, patria, religión y familia, que el franquismo elevó a la categoría de valores absolutos. La forma en que semejante anacronismo pudiera llegar a materializarse es algo que los ideólogos del franquismo nunca llegaron a definir (más allá del simple uso de la simbología propia de la época). Sin ir más lejos, las propias contradicciones en la formulación de un concepto de imperio por parte de los ideólogos tradicionalistas son una buena muestra de que el franquismo no pareció asimilar muy bien cómo era posible para España recuperar su hegemonía universal en el contexto miserable de la posguerra. Incluso la idea de un imperialismo cultural era inviable sin una coyuntura económica y militar que lo hiciera posible.

Lo que sí era viable era la invención de un mito neocolonial para consumo interno que permitiera crear la engañosa autopercepción de que España era la nación “elegida” y aceptar la paradoja de que España era rica, porque España era pobre. En este sentido el mito de la Hispanidad fue todo un éxito propagandístico. A través de organismos oficiales como el Instituto de Cultura Hispánica, de las celebraciones del Día de la Raza (posteriormente Día de la Hispanidad), de los libros de texto escolares (de un marcado carácter doctrinario), o de filmes históricos propagandísticos como *Raza* (1942), *Los últimos de Filipinas* (1945), *La Nao Capitana* (1947) y *Alba de América* (1951), los habitantes de un país arruinado en el que todavía existían las cartillas de racionamiento, podían asistir al espectáculo de su propia grandeza. A pesar de la indigesta producción cultural patrocinada desde las más altas esferas del régimen, el proyecto global de la Hispanidad tuvo gran efectividad en la política interna del país. Además de fomentar una imagen envanecida de España, permitió unir a las familias políticas del régimen. Falangistas, carlistas, católicos y tradicionalistas podían compartir los valores y el proyecto hegemónico inherente a este mito. Asociado además con la ideología del nacionalcatolicismo y con los ideales de raza, religión, nación e imperio, el mito acabó por convertirse en uno de los pilares legitimadores de la dictadura.

En una de las películas mencionadas, *Alba de América*, hay una secuencia que resume a la perfección la instrumentalización que el franquismo hizo del mito de la Hispanidad. En ella se nos muestra el recibimiento que los Reyes Católicos hacen a Colón a su regreso a España. El climax del film se alcanza con el bautismo de los indígenas que acompañan al Almirante. Esta escena llega a conmover tanto a la reina Isabel, que ésta cae en un estado de trance. A través de su monólogo interior, se repite de carrerilla un discurso que evoca el que todos los años pronunciaba el por entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo: “Llevaremos sangre generosa para alumbrar la noble familia de las Españas y por encima del mar y del tiempo será el milagro más hermoso de todos los siglos: *una sola fe en una sola lengua*.” El mensaje político es hecho explícito a través de la reina Isabel, emblema de la “madre patria.” El concepto de “una sola fe en una sola lengua” sintetiza el discurso ideológico legitimador del nacionalcatolicismo y la Hispanidad, un discurso que se ajusta a la retórica característica del colonialismo moderno. Como sugiere David Spurr en *The Rhetoric of Empire*, el discurso colonialista reclama el territorio del colonizado al mismo tiempo que encubre sus propias marcas de apropiación. La empresa colonizadora se presenta así como una necesidad ineludible que adopta la forma de un caos que reclama la restauración de un orden o de una ausencia que exige una presencia afirmadora (28). La cruzada nacionalista se justificaba frente al caos republicano, de la misma forma que la empresa del Descubrimiento respondía a la necesidad de cubrir lo que se veía como un vacío religioso y cultural. En última instancia, ese aspecto restaurador del discurso colonialista de la Hispanidad recuperaba un tropo característico de los imperialismos europeos durante el siglo XIX y que Ganivet formuló sistemáticamente en su *Idearium*: la colonización y el dominio del Otro como afirmación de la identidad nacional.

Lo burdo de las tramas alegóricas de estas producciones franquistas puede hacer sonreír al espectador contemporáneo. Las proyecciones mediáticas del fenómeno del Descubrimiento y su instrumentalización política, sin embargo, llegan hasta nuestros días. No tenemos más que recordar las faustas celebraciones del Quinto Centenario para darnos cuenta del impacto del mito de la Hispanidad en el imaginario colectivo y su constante manipulación por el poder político. Casi 20 años después de la muerte del dictador, ese mismo mito, bajo un rostro aun más espectacular, pero reformulado desde una perspectiva ideológica radicalmente diferente, mantenía intacto su poder legitimador. Si para el franquismo 1492 se convirtió en un emblema de la antimodernidad, el montaje igualmente paraestatal en torno al Quinto Centenario erigió esta misma fecha como paradigma de un proyecto de modernidad basado en la celebración acrítica de la nueva era tecnoindustrial (Subirats 214). Si el Colón de Franco, y su asesor Carrero Blanco, buscó en la ruta hacia poniente el regreso a los orígenes del absolutismo, las nuevas administraciones políticas de la España democrática lo hicieron viajar en dirección contraria, en busca de una Europa tecnocrática y postmoderna que empezaba a convertir la industria cultural en uno de los negocios

políticamente más rentables y económicamente más lucrativos. Más recientemente, durante los sucesivos gobiernos del Partido Popular, reaparecería de nuevo la visión nostálgica de la historia imperial, pero con matices que la distanciaban del nacionalismo tradicionalista. La Hispanidad, durante la presidencia de José María Aznar dejó de contemplarse como alternativa espiritual antagónica al nuevo imperio moderno (los Estados Unidos de América), para pasar a convertirse en peón subalterno del nuevo poder hegemónico (Vázquez Montalbán 262). El foco de la política exterior gubernamental española volvía a cruzar el Atlántico, pero no para enfrentar dos visiones de América, sino para subordinar una (la América hispana) a otra (la América anglosajona). La vuelta al poder de los socialistas ha traído consigo una revalorización de las relaciones con Hispanoamérica (Arenal 115). Queda por saber en qué términos y qué alcance puede tener esta nueva revisión de la Hispanidad en las políticas institucionales del siglo XXI.⁸

NOTAS

¹Para una discusión de los posicionamientos del PSOE en materia nacionalista véase Juliá (1986) y Gibaja Velásquez (1995).

²Esta última significación tenía un claro precedente en un artículo de Miguel de Unamuno titulado "Hispanidad" (1909), si bien en el caso del autor salmantino el concepto carecía del espiritualismo católico y ultraconservador de Vizcarra (Bueno 388).

³Las pretensiones expansionistas de la Falange son obvias en las siguientes palabras de uno de sus ideólogos, Antonio Tovar: "Precisamente como reacción contra esa idea imperialista, se ha admitido que nuestro imperio va a ser cosa puramente espiritual, que nos vamos a conformar con una expansión cultural sobre determinados países. Pero sabemos que ninguna razón vale como razón si no va acompañada de la fuerza. Nuestro Imperio tiene que ser un Imperio con base material, que conceda su importancia a la riqueza, y su categoría a las cosas militares [...]. Nuestro Imperio tendrá que ser por eso un instrumento para salvar, para sostener a los países de América y Filipinas en su lucha contra el imperialismo; porque nos interesa salvar el alma de la Hispanidad, es decir, el catolicismo, y la lengua española, nuestra manera de entender y de ser, la conciencia de nuestra sangre" (Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio* 124).

⁴La federación de los pueblos ibéricos formaba parte del plan expansivo de la Falange española, con España como "la guía política, el eje inspirador y vertebrador de la comunidad hispanoamericana del porvenir" (Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia* 33-35). Para un análisis detallado del ideal imperialista de falange española y su proyección sobre Hispanoamérica a través del concepto de Hispanidad, véase el ensayo de Francisco García-Moreno Barco (1994).

⁵Esta imposibilidad de regreso a la Edad de Oro perdida es, sin embargo, paradójico motivo de celebración en José María Pemán, uno de los intelectuales "oficiales" de las dos dictaduras que España sufrió en el siglo XX. En lo que hoy día nos puede parecer una spengleriana pirueta intelectual, Pemán llegó a sugerir que el expansionismo físico y el imperialismo político representaban la infancia de los imperios. España estaba entrando así en una etapa de madurez que se caracterizaría por un imperialismo cultural que se habría de proyectar por todo el mundo hispánico.

⁶El gobierno peronista se convirtió en el mejor valedor internacional de la dictadura franquista ante los demás países iberoamericanos y en los principales foros internacionales. España, como abanderada de la Hispanidad, ofrecía, a cambio, el mito de la Madre Patria, legitimando a la Argentina en sus ambiciones de hegemonía continental (Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia* 133).

⁷Las palabras de Franco ante las Cortes el 14 de mayo de 1946 confirman esta nueva orientación: "El Estado perfecto para nosotros es el Estado Católico. No nos basta que un pueblo sea cristiano para que se cumplan los preceptos de una moral de este orden: son necesarias leyes que mantengan el principio y que corrijan el abuso" (Payne, *El catolicismo* 234). La Ley de Reforma de la Enseñanza Media (25-12-38) resume igualmente esta identificación entre Hispanidad y nacionalcatolicismo dentro del marco de consolidación del aparato ideológico del régimen, reconociendo, además, a Maczto como uno de sus inspiradores (Biescas 467-78).

⁸Para un análisis pormenorizado de la actual coyuntura de las relaciones de España con los Estados Unidos dentro del contexto de la política exterior de la Unión Europea, véase Torreblanca (2005). Sobre la política latinoamericana del nuevo gobierno socialista, véase Arenal (2005).

OBRAS CITADAS

- Arenal, Celestino del. "La política latinoamericana del gobierno socialista." *Política Exterior* 105 (mayo-junio 2005): 115-26.
- Biescas, José Antonio. *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*. Barcelona: Labor, 1980.
- Bueno, Gustavo. *España frente a Europa*. Barcelona: Alba Editorial, 1999.
- Cámara Villar, Gregorio. *Nacionalcatolicismo y escuela: la socialización política del franquismo (1936-1951)*.

- Madrid: Hesperia, 1984.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid: CSIC, 1992.
- . *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*. Madrid: CSIC, 1988.
- Ganivet, Ángel. *Idearium español. El porvenir de España*. Madrid: Austral, 1976.
- García-Moreno Barco, Francisco. "El ideal imperialista de falange española y su proyección sobre Hispanoamérica a través del concepto de 'hispanidad.'" *Atenea* 14.1-2 (1994): 23-34.
- García Morente, Manuel. *Orígenes del nacionalismo español*. Buenos Aires: s.e., 1938.
- . *Idea de la Hispanidad*. Madrid: Austral, 1961.
- García Villada, Zacarías. *El destino de España en la Historia Universal*. Madrid: Cultura Española, 1936.
- Gervilla Castillo, Enrique. *La escuela del Nacional-Catolicismo: Ideología y educación religiosa*. Granada: Impredisur, 1990.
- Gibaja Velásquez, José Carlos. *Indalecio Prieto y el socialismo español*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1995.
- Giménez Caballero, Ernesto. *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: En España*. Madrid: La Gaceta Literaria, 1933.
- González Calleja, Eduardo y Fredes Limón Nevado. *La Hispanidad como instrumento de combate: Raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*. Madrid: CSIC, 1988.
- Juliá, Santos, ed. *El socialismo español: desde la fundación del PSOE hasta 1975*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1986.
- Maeztu, Ramiro de. *Defensa de la Hispanidad*. Madrid: FAX, 1934.
- Martín Artajo, Alberto. *Hacia la comunidad hispánica de naciones*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1956.
- Morodo, Raúl. *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*. Madrid: Alianza, 1985.
- Payne, Stanley G. *El catolicismo español*. Barcelona: Planeta, 1984.
- . *The Franco Regime: 1936-1975*. Londres: Phoenix Press, 2000.
- Pemán, José María. *La historia de España contada con sencillez*. Madrid: Escélicer, 1938.
- Pérez Garzón, Juan Sisino. *La gestión de la memoria: La historia de España al servicio del poder*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Preston, Paul. *Franco: A Biography*. Nueva York: HarperCollins, 1994.
- Primo de Rivera, José Antonio. *Obras*. Madrid: Editorial Almena, 1974.
- Romero Salvadó, Francisco J. "The Failure of the Liberal Project of the Spanish Nation-State, 1909-1923." *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula: Competing and Conflicting Identities*. Eds. Clare Mar-Molinero y Angel Smith. Oxford: Berg, 1996. 119-32.
- Sepúlveda, Isidro. *El sueño de la Madre Patria: Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons, 2005.
- Spurr, David. *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*. Durham: Duke UP, 1993.
- Subirats, Eduardo. *Después de la lluvia: Sobre la ambigua modernidad española*. Madrid: Temas de Hoy, 1993.
- Torreblanca, José Ignacio. "España, Europa y la brecha transatlántica." *Política Exterior* 103 (enero-febrero 2005): 30-38.
- Tusell, Javier. *Franco y los católicos: La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid: Alianza, 1984.
- Vázquez Montalbán, Manuel. *La aznaridad: Por el imperio hacia Dios o por Dios hacia el imperio*. Barcelona: Mondadori, 2003.